

Tras la cumbre
El sol va.
Sus postreros
Resplandores
Tembladores
Dando ya.

Sobre el cárdeno
Horizonte
A que el monte
Pone fin,
Se despide
De la tierra
Que ha en la sierra
Su confin.

Y se mira
La ancha hoguera
De su esfera
Vacilar:
Mas radiantes
Y mas bellos
Sus destellos
Al finar.

Y sus rayos
Por las crestas
De las cuevas
Al tender,
Del prado hacen
Por la alfombra
Su ancha sombra
Negrecer.

Rojas nubes
Le coronan,
Que amontonan
En redor
Los vapores,
Que pasando
Va creando
Su calor.

Y los pliegues
Mas espesos
Y mas gruesos
Cada vez,
Entoldando
En masa densa
Van su inmensa
Brillantez.

Poco á poco
Su cerrado
Y agrupado
Nubarrón,
En su centro
Da al sol puro
Un oscuro
Pabellón.
Poco á poco
Descolora
Y devora

Su arrebol,
Y así el día
Roba al orbe
Cuando sorbe
Todo el sol.

Queda envuelto
De este punto
Todo junto
En luz igual;
Y en el cárdeno
Horizonte
Sobre el monte
Cardinal,

Giron rojo
Desgarrado
Del cerrado
Pabellón,
Queda suelta
Nube roja
Que acongoja
Al corazón.

Banda torva,
Que tendida
Por la corva
Loma hendida
De las peñas,
Va rasando
Por las breñas
De la cumbre,
Y apagando
Las centellas
De la lumbre
Que dá el sol.

Lienzo rojo
Que demuestra
De alto enojo
La siniestra
Señal santa:
Y en pós suya
Se adelanta
Y en pós suya
Se levanta;
Con él viene,
Con él gira
Cuando nace,
Cuando espira:
Con él hace
Su camino
Matutino
O vespertino,
De él perpétuo
Girasol.
Nube hermosa
Que se inclina
La colina
A trasponer,
Circundando
Su camino
Purpurino
Rosicler.

Nube errante,
Pasajera,
Vagarosa,
Dó contempla
Juan Guarino
El destino
Que le espera,
Que aspirante
Congojosa
E indecisa
A su lábio
La sonrisa
Postrimera
Le arrancó;
Y el agravio
A su Dios hecho
En el fondo de su pecho
Con su luz iluminó.
Luz postrera
De esperanza,
Que ir lijera
Juan alcanza
Desde el monte,
Su alma ajena
No de pena
Mas de fé.

De la cresta
De la roca
Mas enhiesta
Puesto al pié,
Contemplando
Cual con blando
Movimiento
Surca el viento
Se le vé,
Mientras rota
Informe, vaga,
Su derrota
Va acertando
Pié tras pié.

Palidece,
Se enrarece,
Se consume,
Desparece...
Ya se sume,
Ya se fué.
Y noche
Sombria,
Tras día
Fugaz,
Aleja
Su alma
De calma
Y solaz.

Y feas,
Y varias,
Contrarias
Ideas
Están
Su mente

Quemando,
Doblando
Su afán.

Y el cielo,
Y el suelo
Velando
Se vá:
La noche
Se cierra;
La tierra
Pavura
De oscura
Le dá.
Y en tanto
Que acude
Al llanto
Quizá,

Cuanto
Ecsiste
Niebla
Triste
Puebla
Ya.

Las sombras
Mas densas
Y estensas
Dó quier,
Sus velos
Desplegan
Y ciegan
El ver.

Y la tierra
Toda inunda
La profunda
Lobreguez;
Montes, valles
Y collados
Sepultados
A su vez.
Espesas nubes
Que apiña el viento
Al firmamento
Robando van
Su luna pálida;
Las luces bellas
De sus estrellas
Muertas están.

Y en vez de los ojos
Sirviendo el oído,
Ya solo es el ruido
Quien guía los piés;
Al alma infundiendo
Sus vagos rumores
Estraños temores
De mundo que no es.

Y se oye por las peñas
Sonar en las montañas
De fieras y alimañas
Los pasos ó la voz,
Mostrando en sus sonidos
Sus cóncavos gruñidos,
Sus ásperos graznidos
Ya agudos y ya graves,
Las fieras y las aves
Su natural feroz.

Y á cada ténue lamento,
A cada salvaje són
De ave ó fiera, de agua ó viento,
Se estremece el corazón.
¿Y quién podrá en tal momento
Dar del desierto razón?

¿Quién puede los pasos seguir de Guarino
Por medio tan denso nocturno vapor?
¿Quizá entre las peñas perdido el camino
Sepulcro escondido le dió su fragor!
Porque ¿quién los senos abrir del destino
Podrá, ni del crimen medir el horror?

¡Lenta, amarga, terrible es la agonía
Que su remordimiento al hombre dá!
Quizá á Guarino al despuntar el día
Sentado en el peñon encontrará,
De sí mismo espantado todavía,
Muerto al impulso del dolor quizá.

La noche entretanto se pasa. Sumido
Monte, llano, río, desierto y ciudad
En lóbrega noche, do quiera dormido
Cobijan al mundo el silencio y la paz.

Ni de hombre ni de fiera, gemido ni lamento
Resuena por los senos de las montañas ya,
Y solo tal vez se oye el susurrar del viento
O el ruido del arroyo que murmurando va.

Rayó el siguiente día,
Y la rosada lumbre de la aurora
Tornó á ahuyentar la umbría
Nocturna oscuridad: encantadora
Con nueva juventud, con nueva vida,
Tornó naturaleza
A mostrarse de nuevo enriquecida
Con doblada belleza.
Y el día entraba apenas, cuando á lento
Cansado caminar, por la aspereza
Subía la montaña
Wifredo, y de María á la cabaña
Llamó llegando con pausado acento.
Mas nadie dentro respondió: María
Ausente estaba de ella;
Llamó á la de Guarino,
Mas ¡ay! estaba sola como aquella.
Siguió el conde á la altura
Subiendo. Desde allí se descubría

Gran trecho de montaña y de llanura,
Mas no alcanzó á Guarino, ni á María.
A voces los llamó, mas á sus voces
Respondieron no mas ecos lejanos,
Cuyos sonos livianos
Se llevaron las ráfagas veloces.
A su gente llamó desesperado,
Corrió el pueblo exhalado:
Sus siervos, sus vasallos, sus amigos
Por do quiera los montes recorrieron:
En lo espeso del monte se metieron,
Pero en vano en los montes se cansaron,
¡Ay! con el rastro de ninguno dieron.
Presa el conde de amargo sentimiento
Y de fiebre ardorosa,
Cercano de su muerte vió el momento,
Y á manos de su horrenda desventura
Lleváronle á su corte populosa,
Su enfermedad rayando en la locura.
Y el vulgo maldiciente
Se perdió de una en otra conjetura,
Haciendo cada uno mas oscura
La historia y la razón de este accidente,
Y cada uno á su antojo
A Dios ó á Satanás atribuyendo
La oculta causa del suceso horrendo.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO V.

DE LA EXTRAORDINARIA ALIMAÑA QUE LOS MONTEROS
DEL CONDE DE BARCELONA CAZARON EN LAS
PEÑAS DE MONSERRATE.

Un día y otro día,
De púrpura y de grana
Entre vistosos grupos
De nubes y arrebol,
Igual, indiferente
Nacer cada mañana
Para el alegre vemos
Y para el triste al sol.

Antorcha, que ilumina
La creación entera,
En torno de ella vueltas
Infatigable dá,
Mas cuanto con su lumbre
Fecunda en la postrera,
Tornándolo en estéril
En la siguiente va.

El cubre los vallados
De flores y verdura:
El hace escaso arroyo
Lo que ancho río fué:
El dá á los secos árboles

Fructífera espesura:
El cria el gusanillo,
Que los corroe el pié.

Y al que hoy dejó llorando
En abandono y duelo,
Mañana encuentra alegre
Y venturoso ya:
Y al que dejó olvidado
En su placer del cielo,
Mañana ve que hundido
En el dolor está.

Las unas tras los otros
Los días y las horas
Del mísero Wifredo
Pasando van así:
Las últimas acaso
De calma precursoras,
Que el bien ni el mal eternos
Jamás serán aquí.

Que en la mudable tierra,
Por diferentes modos
Concluye todo luego,
Varía sin cesar,
Y al cabo en nuestros males
Nos consolamos todos
De lo que ya ha pasado,
Con lo que va á pasar.

Seis años se pasaron,
Y con la edad se fueron,
Si bien de sus pesares
Los torcedores no;
Los males que al sepulcro
Cercano le pusieron,
Y aun sus recuerdos casi
El tiempo adorneció.

Sí, que aunque guarda enteras
El alma de Wifredo
Las lúgubres memorias
De su pasado mal,
No vienen como un día
Ministros de ira y miedo,
A perturbar sus sueños
En círculo infernal.

No lloran ya sus ojos
Con lágrimas ardientes
Que abrasan sus mejillas,
La prenda que perdió:
Cesaron sus extremos
Esfuerzos impotentes,
En pos de lo que airado
Su Dios le arrebató.

Profunda, aunque templada,
Tenaz melancolía
Le prensa el amoroso
Paterno corazón:
Mas grata si mas triste

Le aduerme cada día,
Memoria, no esperanza,
Recuerdo, no ilusión.

Y así la vida pasa
Pacífica y tranquila,
En medio de su pueblo,
Que idolatrando en él,
A distraer sus penas
En derredor apila
Atenta á su consuelo,
Su muchedumbre fiel.

Y en vítores y aplausos,
En danzas y cantares,
Los senos del palacio
Llenando sin cesar,
De su señor ahuyentan
Los íntimos pesares,
Que solo puede el tiempo
Rodando consolar.

Con corazón sencillo,
Leales los pecheros,
Sus brazos y sus tierras
Le vienen á ofrecer:
Y estrañas fieras y aves
Le cazan sus monteros,
Que de lejanas tierras
Le vienen á traer.

De su señor amigos
Los graves cortesanos,
Ancianos peregrinos
Le salen á buscar,
Que el ocio y el fastidio,
Del corazón tiranos,
Con mágicas leyendas
Le vengán á ahuyentar.

Y así la vida pasa
Pacífica y tranquila
En medio de su pueblo,
Que idolatrando en él,
Para atenuar sus penas
En su redor apila
Atenta á su consuelo,
La muchedumbre fiel.

Y un día que, en sus memorias
El buen conde adormecido,
Yacía en silencio hundido
En un cómodo sillón,
Contemplando vagamente
En la inmensa chimenea,
La llamarada que humea
Con el húmedo tizon;

Vino á distraer su oído
Hiriéndole de repente,
Confuso rumor de gente,

De su casa en lo interior;
Y confusion y tumulto
Y pasos y griteria,
Que se iba acercando oia
Por vecino corredor.

Dejó el sillón azorado,
Y á aquel son extraño atento,
La puerta del aposento
Abriendo, al dintel salió,
Deteniéndose asombrado
Al ver que sus corredores
Gente en tropel, con clamores,
Tan sin respeto invadió.

Las damas y las payesas,
Los artesanos y arqueros,
Los nobles y los pecheros,
En revuelto peloton
Avanzaban lentamente
Por sus estancias adentro,
Fija la vista en el centro
De la inmensa reunion.

"¿Qué es esto? exclamó Wifredo,
Un paso á ellos avanzando.
¿Quién entra aquí, así turbando
La quietud de mi mansion?
Hablad: ¿qué sucede ahora?
¿Hay en el puerto enemigos?
¿O es vuestra turba traidora
Una osada rebelion?

"Vive Dios! ea! esplicaos."
A cuyas voces airadas,
Quedaron paralizadas
Las voces, quietos los piés;
Y el conde, viendo que nadie
Contestaba, de un montero
Asiendo, que iba el primero,
Le dijo: "Esplicáte, pues."

"Señor, dijo éste turbado,
La rodilla hincando en tierra:
No es movimiento de guerra
Lo que veis, no es rebelion:
Es que en Monserrat cazamos
Tres dias ha una alimaña,
Que creimos por lo extraña
Digna de vuestra atencion.

Miradla." Y así diciendo,
La multitud dividiendo,
Ante los ojos del conde
La alimaña presentó.
Y en redor de ella, Wifredo
Círculo estenso formando,
La alimaña contemplando
La muchedumbre quedó.

Jamas miraron sus ojos
Una bestia mas extraña,
Ni en los ámbitos de España

La halló hombre alguno jamas:
Ni de su forma recuerdo
Guardó nadie en su memoria,
Ni de ella en escrita historia
Habló algun sabio quizás.

Era del jerbo y del mono
Término, ó compuesto acaso:
Del jerbo tenia el paso,
Del mono la formacion.
La mirada melancólica
Su interior pena exprimía,
Y sus miembros encubria
Largo y espeso vellón.

Ni mostraba á los amagos
Ruda y salvaje fiereza,
Ni á los hombres extrañeza,
Ni á las caricias placer.
Mas de pavor con estremos,
Constantemente esquivaba
Su mano, si la llegaba
A halagar una mujer.

Absorto miraba el conde
Aquel ser desconocido,
Dentro la jaula encogido,
Insensible al parecer;
Y por mas que le miraba
Y por mas que discurría,
La raza desconocía
Mas de que pudo nacer.

Mandó luego á sus monteros
Que en su salon le pusieran,
Y allí libertad le dieran
Para ver su condicion:
Pero la bestia, su jaula
No abandonó un solo instante,
Permaneciendo constante
En la misma posicion.

CAPITULO VI.

DE LA EXTRAÑA METAMÓRFOSIS DEL ENJAULADO
MÓNSTRUO.

Y fué por la ciudad de boca en boca
La relacion cundiendo,
De aquel monstruo cazado en una roca,
Y así se fué estendiendo
Por Cataluña entera,
Relato extraño haciendo,
Quitando y añadiendo
Del caso cada cual á su manera.
Y de todo el condado
Por ver el monstruo, á la ciudad venia
El pueblo apresurado;
Y el conde permitia
Que el palacio invadiera,
Y el monstruo contemplara,

Y su curiosidad satisficiera.
Llegaba, le veía,
Se admiraba en silencio
El vulgo: se salía,
Y á su hogar se volvía
O absorto, ó satisfecho,
Y contaba despues á sus vecinos
Lo que en la capital habia hecho,
Jurando que era el monstruo
De los mas peregrinos.
El buen conde, entre tanto,
Conservaba al tal monstruo en su aposento,
Y á su tranquila condicion atento,
La jaula noche y dia
Abierta le tenia:
Pero jamas el monstruo la dejaba,
Aunque claro Wifredo conocía
Que cuando él de su cuarto se ausentaba,
De su jaula salía,
Y por el cuarto en derredor andaba.
Consideraba el conde
Cada vez con mas duda y extrañeza
Su incógnita para él naturaleza.
Su forma casi humana,
Su sobriedad extrema y mansedumbre,
La adquirida costumbre
De estar al parecer de buena gana
En su jaula metido,
Y acurrucado siempre y encogido:
Su inteligencia rara,
Y la espresion de su velluda cara,
Sus manos y sus piés, á los del hombre
Semejantes, traian confundido
Al conde, que del sér desconocido
No podia marcar raza ni nombre.
Ni caricias y halagos,
Ni castigos y amagos
Pudieron arrancar de su garganta,
Ni en su exterior marcaron
Un gesto de amenaza ni un gemido.
Los criados tal vez le maltrataron,
Y los perros de caza
Que alguna vez á donde estaba entraron,
Con ademán furioso
A la jaula llegaron;
El empero, ni hostil, ni temeroso
Se mostró: indiferente
Sufria y silencioso
Tranquila y mansamente.
Poco á poco esta calma
Y extraordinaria abnegacion hicieron
De Wifredo en el alma
Incomprensible sensacion, y al cabo
De curiosa extrañeza
Pasó á ser compasion; hízola luego
Costumbre la continua compañía,
Y al cabo la costumbre
Pasó á ser la aficcion, luego cariño;
Y vino al fin un dia,
En que el conde pensó con pesadumbre
Que apartarse tal vez fuerza seria.
La monstruosa alimaña,
Por su parte tambien mostraba al conde

Una aficcion extraña.
Sumisa á sus antojos,
Admitia contenta sus caricias,
Y á veces notó el conde
Lágrimas desprendidas de sus ojos.
Mostraba claramente su alegría
Cuando el conde hácia ella se llegaba,
Y tristeza en sus ojos se veía
Si de ella se apartaba;
Y cuando el conde hablaba,
Como si le entendiera le atendia.
Mil veces la memoria
De la hija que perdió tan tristemente,
Le asaltaba la mente;
Y el amoroso corazón transido
Con el pesar de tan amarga historia,
Ponia al conde místico y abatido,
Y lloraba á sus solas tristemente.
Contemplábase el monstruo de hito en hito
Y lloraba tambien, y su semblante
Mustio bañaba en espresion doliente.
Muchas veces delante
De sus nobles amigos
De su desdicha y su dolor testigos,
Recordaba aquella hija malhadada,
Encanto de su vida,
Por él tan ciegamente idolatrada,
Y á su paterno corazón perdida.
El monstruo entonces, trémulo, encogido
En medrosa postura,
Y en el hueco mas lóbrego escondido
De su jaula, mostraba una amargura
Que natural hubiera parecido
En otro sér que comprender pudiera
Del paterno dolor la causa entera.
Y en aquellos momentos,
Su dolor espresando
Con sonos guturales,
Semejaban su voz y sus lamentos
Ayes de una persona que llorando,
Las palabras ahogando
Exhalara suspiros, naturales
En quien está su angustia sofocando.
Esta rara tristeza,
Que afinidad secreta y misteriosa
Con la tristeza paternal tenia
Entre el conde y el monstruo, fácil cosa
De entender es, que entre ambos
Vino al fin á doblar la simpatía.
Y acostumbrado el conde
De la sumisa fiera
A la salvaje sociedad, tenia
Entre los animales destinados
A su servicio ó diversion, el puesto
E importancia primera.
Y por temor que alguno le ofendiera,
Los lebreles estaban atraillados,
Los neblíes y halcones enjaulados;
Y de aquesta manera,
Su casa y su condado manteniendo
En paz con sus cuidados,
Iban dias y meses trascurriendo.

Una mañana fresca y luminosa
 Del florecido Mayo,
 En que el sol de su luz en cada rayo
 Un hilo vibra de color de rosa,
 Y el trecho que su luz abarca y ciñe
 De este color purísimo se tiñe,
 En una galería
 Que da al jardín de su palacio, y tiene
 Para él una escalera, y comunica
 Del conde con el gótico aposento,
 En un hondo sillón arrellanado,
 El buen conde Wifredo
 Goza el ambiente puro y perfumado,
 Tranquila el alma y el semblante ledo.
 Las hojas de los árboles frutales
 Oread susurrando los botones
 Do las flores tempranas,
 Señalando el lugar en que mas tarde
 Brotarán odoríferas manzanas,
 Rojas cerezas y ácidos limones;
 Y al manso soplo de la errante brisa
 Tomando movimiento
 Sobre los tallos las abiertas flores,
 Embalsaman el aura, y el aliento
 Que Wifredo respira
 Se inunda en salutíferos olores.
 Los nuevos ruiseñores,
 Generacion de aquella primavera,
 Sus alas y sus picos ensayando
 Le regalan la vista y el oído,
 Tímido vuelo alzando
 En derredor del nido,
 Y en la garganta armónica probando
 El canto no aprendido.
 Las leves mariposas,
 Sus alas de colores
 Estremecen vagando entre las flores;
 Y las pardas abejas codiciosas,
 El néctar de sus cálices libando,
 Vuelan en torno de ellas susurrando.
 Mil insectos distintos,
 Mil diversos reptiles,
 Conforme cada cual á sus instintos,
 Llenan auras y céspedes á miles:
 Y el agua que se escapa
 Del estanque horadado
 En transparentes hilos
 Y en gotas cristalinas,
 Los piés fecunda de frondosos tilos,
 Lilas blancas y rosas purpurinas
 Que orlando los linderos
 De los anchos senderos,
 Y en cauces desiguales
 Con las fuentes vecinas
 Van á mezclar sus líquidos cristales.
 Y á esta del mundo incógnita armonía
 Y vida universal y movimiento,
 El conde en el sillón en que yacia
 Allá en su puro corazón sentia
 Nueva vida bullir y nuevo aliento.
 Y en dulces esperanzas divertido,
 Del porvenir oscuro en las regiones,
 Tenia el pensamiento entretenido

En pos de mil quiméricas visiones;
 E iba de ellas en pos tan abstraído,
 Que ni aun sintió á sus pages,
 Que llegando uno á uno
 Su servicio á ofrecerle, uno tras otro
 En silencio quedaron,
 Y á distraerle sin osar ninguno,
 Detras de su sillón se colocaron.
 Sus miradas tendian,
 La direccion buscando
 Que las miradas del señor seguian,
 Y en las ramas y flores se perdian,
 Objeto allí de admiracion no hallando.
 ¡Ah! triste del que necio sus miradas
 Por un jardín en primavera estiende,
 Y que sea á otros ojos
 De admiracion objeto no comprende!
 En tal instante, el conde, rodeado
 De sus callados pages, y tendido
 Sobre su ancho sillón: junto á la puerta
 Del corredor traído
 El monstruo acurrucado
 En su jaula entreabierta,
 Apareció por el jardín viniendo
 A su señor la joven jardinera,
 Un ramo hermoso á su señor trayendo
 De las primeras flores
 Que hizo dar al jardín la primavera.
 En casilla apartada,
 Y en una punta del jardín alzada,
 A aquella jardinera daba el conde
 Con su esposo morada,
 Rústico el jardinero inteligente
 Cultivaba el jardín, eternamente
 Asido de la azada,
 Del hacha y de la corva podadera,
 Dejando á su mujer mas despejada
 De los demas negocios encargada.
 Ella, pues, aunque pobre y campesina,
 Cuando moza soltera,
 Dulceficó sus rústicos modales,
 Y era lo cortesana
 Que pudo ser jamas una villana.
 Agradecida á su señor, y atenta
 A mantenerse de él siempre en la gracia,
 Su obligacion tenia en mucha cuenta.
 Y los primeros frutos
 Y las primeras flores
 A su señor venian en tributos,
 Ya en primorosos ramos y hacecillos,
 Ya en pintados y frescos canastillos;
 Y en dulce paz y en íntima armonía
 Esta pareja así feliz vivia,
 Y á sombra del palacio
 Ornaba mas y mas y enriquecia
 Del jardín el espacio,
 Donde á par de las plantas de cultivo,
 Su rubia prole sin afán crecia
 En sus dos revoltosos muchachuelos,
 De su madre á la par retrato vivo.
 De ellos con uno en brazos,
 Que apenas meses seis aun no cumplia,
 La jardinera al corredor subia,

Tendiendo él sus rósadas manecitas
 A las flores del grueso ramillete,
 Y ella sonriendo,
 "Míralas qué bonitas"
 Junto al rostro al ponérselas diciendo.
 Contemplábala el conde complacido
 Llegar á él con el infante en brazos,
 Y el ramo de sus manos admitido,
 Tendió sus manos al hermoso niño
 Con espresion de cándido cariño.
 Mas el alegre infante,
 Sin fijar en el conde su mirada,
 Tornó atento el semblante
 A la fiera en su jaula acurrucada.
 Dormia el monstruo al parecer, sumido
 En su quietud estúpida,
 Y el niño le miraba distraído,
 Sin que de la afanosa jardinera
 Ni del risueño conde á los halagos,
 El parvulillo su atencion volviera.
 A la tenacidad de esta mirada
 En el monstruo clavada,
 La suya al par siguiéndola tendieron
 Cuantos en torno habia
 A la fiera enjaulada.
 Ya el monstruo no dormia:
 Como si la mirada del infante
 En la suya inflamara oculto fuego,
 Sus ojos abrió luego,
 Y en los del niño los clavó anhelante,
 Permaneciendo inmóviles sus pupilas,
 Cual si ante el niño se sintiera ciego.
 Entre ambos atraccion tan misteriosa
 Llamando al punto la atencion entera
 Del conde y de los suyos, en silencio
 Aguardaban el fin á que vendria
 Esta atraccion del niño y de la fiera.
 Mas á pocos momentos
 De estar el uno sobre el otro fijo
 Contemplándose atentos,
 ¡Cuánto el asombro universal seria
 Oyendo al niño, mudo todavía,
 Que con sonora voz al monstruo dijo:
 "Levántate, Guarino: harto te abona
 "En el juicio de Dios y tu conciencia
 "Tu larga penitencia.
 "Vuelve, pues, á tu sér; Dios te perdona."
 Y el monstruo, su prision abandonando,
 Y su salvaje estupidez perdiendo,
 La antigua humana forma recobrando,
 Se arrojó, á los cielos estendiendo
 Los brazos penitentes,
 La omnipotencia del Señor mostrando
 A la faz de las gentes;
 Y asombrados dejando
 A cuantos hubo en la ocasion presentes,
 La estraña metamórfosis mirando.
 Luego á los piés del conde
 Postrado humildemente:
 "Herid, señor, decia;
 La justicia de Dios omnipotente
 Quiere sin duda que la culpa mia
 Expie á vuestros piés: hollad mi frente."

Y el buen conde, que apenas comprendia
 Lo que decir queria,
 Respetuosamente
 La mano le tendia
 Diciendo: "Levantad, que en quien Dios obra
 Prodigio semejante,
 Cualquiera humillacion será de sobra,
 De otro mortal delante."
 Mas viendo que obstinado
 Permanecia ante sus piés de hinojos,
 Llanto vertiendo de sus tristes ojos,
 Mandó que todo el mundo despejara:
 Y cuando todos estuvieron fuera,
 Diálogo en soledad y cara á cara
 Se entabló entre los dos de esta manera:

 Mas lo que dijo al conde el penitente,
 Relatará el capítulo siguiente.

CAPITULO VII.

EL CONDE.—GUARINO.

EL CONDE.

Quien quiera que seais, vos en quien tales
 Prodigios obra omnipotente Dios,
 Alzaos, y este que alcanzar no puedo
 Esplicadme.

GUARINO.

Pues bien, oid, señor.

Tenáis una hija hermosa y pura,
 Fruto gentil de vuestro casto amor,
 Fragante flor que embalsamaba el vaso
 De vuestro amante y noble corazón.
 Un rayo que en la atmósfera nublada
 El infernal espíritu inflamó,
 En sus ojos ahogó la luz del día,
 Y en nombre del altísimo Hacedor,
 Con esperanza de milagro fácil,
 Un monje en Monserrate os señaló,
 Por cuyas oraciones vuestra hija
 Tornó á ver y gozar la luz del sol.
 De fundar un suntuoso monasterio
 Con piadosa y rectísima intencion,
 Del ermitaño á cargo, vuestra hija
 En la fragosa soledad quedó.
 Mas ¡ay! en vano en el siguiente día
 Buscála allí vuestro paterno amor,
 Ni ella ni el eremita en sitio alguno
 Fueron de nadie vistos hasta hoy.

EL CONDE.

¡Mas á qué renovar en mi memoria
 El manantial oculto de dolor,
 Que las corrientes hasta entonces puras
 Del mar de mi existencia envenenó?

GUARINO.

¡Ay de mí! vuestra historia con la mia
 Mantiene tan estrecha relacion,